





# *Neandertales*

---



Antonio Monclova Bohórquez

# ***Neandertales***

---

*Los últimos homínidos de Europa*



ALMUZARA

© ANTONIO MONCLOVA BOHÓRQUEZ, 2013  
© Editorial Almuzara, s.l., 2013

Primera edición: septiembre de 2013

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.»

COLECCIÓN HISTORIA · SERIE HUELLAS DEL PASADO  
Editorial Almuzara  
[www.editorialalmuzara.com](http://www.editorialalmuzara.com)

Imprime: Lince Artes Gráficas

ISBN: 978-84-92924-94-3  
Depósito Legal: CO-XXXX-2013  
Hecho e impreso en España - *Made and printed in Spain*

A Manuela y a nuestros maravillosos hijos.



# ÍNDICE

<i>ANTES DE COMENZAR EL VIAJE: NADA ES LO QUE PARECE</i> .....	13
PRIMERA PARTE. LA ELECCIÓN .....	21
I. LLEGANDO AL MUNDO DE LOS NEANDERTALES .....	23
Sobre cómo apareció el Neandertal en el escenario de la Ciencia .....	23
Una primera visión del Hombre de Neandertal .....	26
II. UN VIAJE QUE COMENZÓ MAL .....	39
Sobre cómo el Neandertal comenzó perdiendo la batalla mediática .....	39
El origen de la mala imagen del Hombre de Neandertal .....	43
Sospechas de manipulación .....	48
Las consecuencias .....	51
III. DESANDANDO PARTE DEL CAMINO .....	53
Sobre cómo la verdad del hombre de Neandertal terminó por aparecer ....	53
El hijo pródigo .....	56
Relaciones enfermizas .....	59
Nuevos decorados, viejas películas .....	63
SEGUNDA PARTE. LA PREPARACIÓN DEL VIAJE .....	71
IV. ENCRUCIJADA DE CAMINOS .....	73
Sobre los dilemas culturales y genéticos entorno a Hombres de Neandertal y Humanos Modernos: un arma de doble filo .....	73
Hacia un nuevo paradigma .....	77
Una nave sobrecargada .....	83
Los genes: nueva perspectiva .....	88
Varias preguntas y una forma de responder .....	95

V. ¿UN SENDERO HACIA EL BUEN CAMINO? .....	103
Sobre el uso y el abuso de los modelos basados en el nicho ecológico y cultural de los homínidos .....	103
La otra cara de las correlaciones .....	104
El nicho ecológico: un concepto en construcción.....	109
Modelos, modelos...y más modelos.....	114
Al final siempre alguien se equivoca.....	121
VI. DISFRUTAR DEL VIAJE ES DISFRUTAR DEL PAISAJE .....	123
Una visión ecológica del mundo de los Neandertales .....	123
Un mundo extenso para un debate amplio .....	124
El «verdadero» concepto del nicho ecológico .....	132
Café para todos .....	135
Extinguidos sí, ¿pero cómo?.....	136
¿Quién es Fuenteovejuna?: Todos a una.....	140
VII. LA IMPORTANCIA DE SABER CÓMO LLEGAR .....	145
Sobre cómo no siempre es mejor el camino más corto .....	145
¿Una nueva visión de la paleoecología? .....	147
La paleoecología y la interpretación biológica de la vida del pasado .....	157
La interpretación paleoecología y el mundo de los Neandertales .....	162
TERCERA PARTE. EN LA RUTA .....	71
VIII. LOS COMPAÑEROS DE VIAJE .....	171
Sobre lo cierto de «dime con quién andas y te diré quien eres»: la fauna del mundo de los Neandertales .....	171
Las particulares asociaciones faunísticas de los Neandertales.....	173
Una nueva forma de ver el mundo de los Neandertales .....	183
¿Fueron verdaderos compañeros de viaje? .....	187
Los problemas de viajar en grupo: vinculados en la desventura .....	198
Optar entre menú a la carta o menú del día, según lo lleno que este el comedor .....	203
IX. UNA PARADA PARA COMER.....	213
Sobre cómo comer cualquier cosa no es lo mismo que comer bien: tópicos, realidades y necesidades de la dieta de los Neandertales .....	213
El sabor de la comida .....	26
El norte y el sur, dos mundos diferentes para la herbivoría.....	226
Capacidad adaptativa de los carnívoros .....	234
Una idea lógica: el patrón espacio-temporal y las relaciones ecológicas..	257

X. NO DA IGUAL LLEGAR A UN SITIO QUE A OTRO .....	259
Sobre cómo el Neandertal comenzó a depender del paisaje .....	259
El lugar y el momento: causas y consecuencias.....	260
Un método para no perderse: seguir el mapa .....	263
Entre lo típico y lo étnico: el verdadero mapa cultural del Neandertal ...	266
Tenemos el mapa: necesitamos una interpretación .....	272
CUARTA PARTE. LOS RECUERDOS.....	279
<i>EPÍLOGO. MIRANDO HACIA ATRÁS AL FINAL DEL VIAJE.....</i>	<i>281</i>
<i>NOTAS Y REFERENCIAS.....</i>	<i>293</i>



## INTRODUCCIÓN

# ANTES DE COMENZAR EL VIAJE: NADA ES LO QUE PARECE

«Nada es lo que parece. Vemos dos cosas que pasan y decimos que una tuvo lugar antes que la otra; incluso podemos medir el intervalo de tiempo entre las dos con uno de nuestros cronómetros artificiales, pero esto puede no ser en absoluto lo que se llevó a cabo.» *Supernature*. Lyall Watson, 1973<sup>1</sup>

Creo que como a casi todos los que disfrutamos especialmente con la paleontología, los dinosaurios fueron los culpables de que siendo niños nos hubiéramos visto atraídos por ese peculiar mundo, en el cual lo más fantástico que uno llegue a imaginar puede hacerse realidad. En mi caso no fue la visión del esqueleto de un dinosaurio, ni fue el hallazgo de fósiles en una playa (eso vendría luego), fue la visión de una película. No fue una película como *Parque Jurásico*, donde los dinosaurios parecen reales, no ese tipo de películas. Fue a través de la hermosa obra de animación *Fantasia*, en la que la genialidad de Disney, asociando el dramatismo de la música con unas bellas imágenes, dio sonidos al mundo prehistórico e hizo que lo que actualmente veríamos como unos simples dibujos animados de dinosaurios, se convirtiesen en una visión imborrable del pasado de la Tierra. La otra causa de mi acercamiento a la paleontología fue un pequeño librito que me regaló mi padre, cuando tan solo tenía ocho años de edad, editado en Colombia tenía por título *La verdad sobre los*

*dinosaurios*<sup>2</sup>, y la visión de sus pobres ilustraciones desataron en mí un desmesurado afán «artístico» que me llevó a emborronar con dibujos de dinosaurios todo los papeles que se pusieron a mi alcance. Seguramente así habrán nacido muchos de los paleo-artista que hoy embellecen con sus obras tantos libros y museos.

A diferencia de como ocurriera con los dinosaurios, a los neandertales los conocí mucho más tarde. Si la memoria no me falla fue ya de adolescente, fue otro librito, pero esta vez lo conseguí por mi cuenta. Se trataba de *El hombre fósil*, una traducción al castellano de la obra de bolsillo escrita por Michael H. Day<sup>3</sup>. Para mí no era un libro de ilustraciones reconstruyendo el aspecto de nuestros antepasados, contenía la explicación de cómo se desarrollaba el trabajo de los paleoantropólogos las magníficas ilustraciones representaban multitud de restos óseos tal cual, fue como mi primer manual sobre el tema. Por otra parte estuvieron —como no— los preciosos dibujos del checo Zdenek Burian (1905-1981), ¿a qué interesado por este tema no le gustan sus reconstrucciones de los «seres prehistóricos»? Las escenas con reconstrucciones del Hombre de Neandertal realizadas por Burian, me vienen al recuerdo como la imagen de unos seres algo grotescos y encorvados, una de cuyas representaciones me resulto especialmente impactante. Se trataba de una pintura realizadas por Burian a principios de los años cincuenta del siglo pasado, ambientada en la conocida cueva de Krapina (Croacia), en ella podía verse a un grupo de neandertales devorando a uno de sus congéneres, y uno de ellos sostenía en su regazo la cabeza de la víctima. Curiosamente, en otra pintura de la misma época, Burian representó un entierro neandertal, lo cual —unido a la visión de la pintura anterior— hizo que me preguntase como el Hombre de Neandertal pudo ser tan humano como para enterrar a sus muertos y a la vez tan inhumano como para comerse a sus parientes. Para mí la respuesta era obvia: tal ser no podía ser como nosotros, no podía estar emparentado con nosotros.

Por nuestra propia naturaleza, los seres humanos alcanzamos plena consciencia de nosotros mismos, y constantemente estamos representando el papel de investigadores curiosos. En cuando nos planteamos la pregunta «¿de dónde venimos?», la convertimos en un reto cuya respuesta está generalmente plagada de prejuicios. La sempiterna pregunta puede constituir un tópico que al ser planteado bajo el sofisticado prisma científico de disciplinas tales como la paleoantropología y la prehistoria, su respuesta suele aparecer lastrada por multitud de prejuicios.

El científico y divulgador sudafricano Lyall Watson (1939-2009) escribió muchos libros que alcanzaron gran aceptación entre el público, pero de entre todos ellos destacaría el polémico y curioso *Supernature* (1973)<sup>4</sup>, del cual procede la frase con la que inicio esta introducción. Las palabras de Watson resumen un punto fundamental del quehacer científico: el de que la capacidad para distinguir entre lo factible y lo cierto. Los que conocemos el método científico somos conscientes de la importancia que tiene el hecho de que los aspectos subjetivos deban quedar apartados del quehacer de la ciencia, ya que estos fácilmente pueden conducirnos a la especulación.

Desde el punto de vista aristotélico, existe la certeza de que la investigación de las causas que desencadenan los fenómenos naturales debería de ser el único ámbito en el que se moviese la ciencia. Pero a veces esta premisa se ve coartada por el hecho de que tales causas pueden estar enmascaradas por acontecimientos que en apariencia parecen irrelevantes para explicar el resultado final del fenómeno. El paradigma que se produce como consecuencia de lo anterior puede ser irresoluble cuando se aplican de métodos de medida directa, y como dice Lyall Watson en su frase, en tal caso nos encontraríamos en una divergencia entre lo señalado por lo que puede medirse, y aquello otro que en realidad subyace detrás del propio fenómeno que se está analizando.

Dicho lo anterior, la expresión «*nada es lo que parece*» puede adquirir un tinte de realidad, no en lo referente al proceso en sí mismo, sino a la forma en cómo nosotros podamos plantear su estudio y análisis, de acuerdo a nuestras herramientas de medida y capacidad de modelado. El factor humano es inevitable, y solo la inclusión de nuevos descubrimientos a lo largo del tiempo, puede dejar cada cosa en su sitio.

Un buen ejemplo de lo anterior sería el los modelos que han ido elaborando los astrónomos a lo largo de muchos siglos de observación del firmamento. Al principio, tanto las creencias como las supersticiones dominaron ampliamente sobre los endebles cálculos matemáticos realizados por aquellos que escudriñaban el firmamento. Las medidas sobre la posición y la traslación de los astros se asociaba con fenómenos sobrenaturales de carácter absolutamente subjetivo, debido principalmente a la imposibilidad de interrelacionar los diferentes fenómenos observados y en su caso medidos. Conforme pasó el tiempo, nuevos astrónomos continuaron haciendo medidas y con ello aumentando las posibilidades de relacionar los acontecimientos entre sí. Desde hace más de quinientos años, la mejora de

los métodos de observación con el uso extendido del telescopio, permitió elaborar unos cálculos matemáticos cada vez más complejos, y con el tiempo los modelos se fueron aproximando a una descripción más certera de lo que estaba aconteciendo en el cosmos. Hoy día, el análisis se ha trasladado a los propios elementos constituyentes de los modelos, profundizándose cada vez más en la naturaleza de las partículas y las estructuras más íntimas de la materia que forma el Universo. Hemos llegado al punto de que en modelos tales como el del sistema solar o el del átomo, sea insuficiente conocer el cómo interaccionan sus componentes, dejándolos carentes de entidad si no somos capaces de discernir el porqué ocurren.

En los modelos del mundo prehistórico acontece algo muy parecido a lo descrito para el contexto de la astronomía. Los investigadores decimonónicos se afanaron en recopilar y describir instrumentos líticos, con la fútil pretensión de que a través del estudio de tales objetos materiales podrían llegar a conocer a sus artífices. En los decenios posteriores, la entrada en escena de los restos fósiles de los homínidos no supuso un cambio significativo en la forma de actuar de los prehistoriadores, los cuales se limitaron a asociarlos con las industrias líticas ya descritas, pero tal pretensión seguía estando falta de conexiones suficientes. A principios del pasado siglo comienza a aplicarse la metodología científica en los estudios de prehistoria, dando paso al conocimiento del contexto en el cual vivieron nuestros ancestros, y con ello se perfilan unos modelos más realísticos. A pesar de todo, la pesada carga de prejuicios derivada de decenios de especulaciones, continuó haciendo mella en los modelos explicativos del mundo prehistórico, haciendo que las primeras interpretaciones del mundo de los neandertales constituyesen una buena prueba de ello.

Los datos aportados en este libro permitirán al lector comenzar a comprender la relación que los neandertales mantuvieron con el mundo que les rodeaba. Además de ello, cabría señalar que los aspectos científicos relativos a tan interesante tema se describirán mezclados con la historia de los estudios llevados a cabo hace más de cien años, apareciendo influidos por el contexto social en el que se desarrollaron. Partiendo de la premisa de que nadie niega que la interpretación de los acontecimientos históricos está sujeta a múltiples factores, la prolija mezcolanza de opiniones e hipótesis lanzadas por los paleoantropólogos y prehistoriadores, hace que la reconstrucción historiográfica de sus avances se convierta frecuentemente en terreno abonado para la especulación, aunque a la vez capaz de aportar una visión panorámica de lo acontecido.

Describiré la forma en cómo los investigadores de hace más de un siglo interpretaron la imagen de los neandertales y de su mundo. Pero igualmente, expondré algunas de las conclusiones a las que me han llevado mis investigaciones sobre la ecología del Mundo Neandertal, para llegar a las cuales he partido de postulados establecidos por científicos ya consagrados en su estudio, con una visión del Mundo Neandertal desprovista de prejuicios. Paralelamente a lo anterior, la moderna teoría ecológica me ha permitido contar con la necesaria base teórica, a partir de la cual interpretar determinados aspectos que me permitirán construir nuestra historia.

Actualmente son muchos los estudios emprendidos para desentrañar la relación que los neandertales mantuvieron con el entorno. Este aspecto adquiere un papel especialmente fundamental dado que al parecer tras centenares de miles de años de ocupar todo el territorio europeo en medio de marcadas fluctuaciones climáticas, las poblaciones neandertales desaparecieron dejando paso a las de los humanos anatómicamente modernos. El conocimiento de por qué, cómo y dónde desaparecieron los últimos neandertales, podría conducirnos a desentrañar sus necesidades medioambientales.

En la pasada década, durante las excavaciones de los niveles estratigráficos del Paleolítico Superior de los yacimientos de Gibraltar, los investigadores detectaron lo que probablemente podría constituir los indicios de una de las últimas presencias neandertales en el sur de Europa<sup>5</sup>, o lo que es lo mismo de su última presencia antes de desaparecer definitivamente. Sean o no estos indicios una prueba definitiva de la última presencia neandertal, lo cierto es que sitios como los citados han permitido a los investigadores plantear la posibilidad de que durante los periodos interglaciares de finales del Pleistoceno europeo, pudieron existir áreas geográficas meridionales que habrían actuado como refugios temporales para las poblaciones de ciertos taxones<sup>6</sup>, conjuntamente con otras áreas situadas en regiones más septentrionales del continente<sup>7</sup>. Durante los periodos de climatología más adversa de finales del Pleistoceno Superior, los refugios geográficos habrían acogido a especies con requerimientos temperados, facilitando su presencia continuada en Europa occidental y especialmente en las penínsulas mediterráneas. Entre esas especies habrían estado los neandertales, cuya persistencia pudo estar relacionada con la existencia de unos paisajes aptos para acogerles<sup>8</sup>. En resumen, y por motivos aun por descubrir, al final del Pleistoceno la presencia de las últimas poblaciones

neandertales en áreas como las del sur de la Península Ibérica, pudo estar relacionada con la condición refugial de sus paisajes<sup>9</sup>.

Por otra parte, hace tres décadas en la Universidad de Nuevo México, el antropólogo Lawrence Guy Straus, trabajaba en reconstruir la evolución temporal que tuvo el poblamiento neandertal en la cornisa Cantábrica Ibérica durante el Pleistoceno Superior. Para ello partió del número de sitios que los arqueólogos atribuyen a cada uno de los tipos culturales existentes en la época. Teniendo en cuenta que el número de sitios conocidos por Straus en el momento del estudio era más limitado que el actual, hoy podríamos considerar que sus resultados asegurarían con cierta confianza que el poblamiento humano manifestó un incremento continuado a lo largo de los últimos 100.000 años en la citada región<sup>10</sup>. Según el propio Straus, los resultados apoyarían la idea que anteriormente manifestada por el antropólogo David R. Yesner<sup>11</sup>, según la cual de alguna forma las posibilidades de subsistencia de las poblaciones de homínidos aumentarían en las áreas costeras. Tras diez años dedicado al estudio del Paleolítico Superior en Europa occidental, con un especial énfasis en el del norte de Ibérica, a finales de la década de 1990 el profesor Straus estuvo en condiciones de elaborar un primer mapa de los asentamientos de estos homínidos en toda la Península Ibérica durante dicho periodo. El trabajo fue publicado en el año 2000 junto a los investigadores Nuno Bicho y Ann C. Winegardner<sup>12</sup>, y en él se presentaba una cartografía que muestra un patrón desigual de ocupación humana en Iberia. No me cabe duda, de que como las de cualquier otra especie, las poblaciones de los neandertales se vieron desigualmente favorecidas por las condiciones ambientales de su entorno inmediato.

Entorno a la misma época en que Straus desarrollaba su estudio, el investigador francés Jean-Pierre Bocquet-Appel encabezó un proyecto<sup>13</sup>, cuyo objetivo era el de deducir la distribución geográfica y la dinámica poblacional de los cazadores-recolectores del Paleolítico Superior europeo, desde el Atlántico hasta los Urales. Para ello partieron de la información relativa a la distribución espacio-temporal de los sitios arqueológicos y de las fechas de C<sub>14</sub>, asociadas a tanto a los neandertales como a los humanos anatómicamente modernos<sup>14</sup>, a lo largo de 125.000 años. Los investigadores implicados en el proyecto han manifestado que la información obtenida constituiría el equivalente al resultado de haber muestreado al azar el rastro de un marcador poblacional espacio-temporal.

Tanto los resultados obtenidos por Straus y sus colaboradores en la Península Ibérica, como los análisis publicados por los equipos franceses, proporcionaron una base desde la cual elaborar nuevas hipótesis, aunque por otro lado el conocimiento de los citados patrones de la ocupación humana, mostraba un mosaico espacio-temporal de distribución cultural. Dada la escasez de sitios bien conocidos y de datos cronológicos fiables, se abre un camino ciertamente especulativo que podría estar conduciendo a algunos investigadores a proponer soluciones igualmente especulativas.

Los investigadores hemos sido concientes en todo momento de que la escasez de registros y la poca fiabilidad de las fechas, no podían augurar un resultado muy certero al estudiar la distribución espacio-temporal de las poblaciones de homínidos. Lo cierto es que —a pesar de ello— con frecuencia utilizamos una metodología basada en analizar las diferencias en la distribución espacio-temporal de los diferentes tipos de elementos culturales. El problema surge cuando algunos prehistoriadores, basándose solamente en dicha metodología, pretenden explicar las diferencias existentes entre los procesos ecológico-poblacionales de cada uno de los taxones responsables de los diferentes tipos culturales implicados: los neandertales y los humanos anatómicamente modernos.

Adelanto al lector que en uno de los capítulos del presente libro trataremos sobre cómo las hipótesis con un elevado grado de especulación, afectaron y aun afectan al estudio del Hombre de Neandertal, mediante la elaboración de propuestas o la aplicación de metodologías llevadas a posturas extremas; tales como por ejemplo la de la *Frontera del Ebro* propuesta por el doctor Zilhao, o la forma de aplicar e interpretar el modelo del *Nicho-Ecocultural* por parte de Banks y sus colaboradores.

Podríamos decir a modo de metáfora que o bien faltan piezas al puzzle o bien existen errores en las instrucciones. Quizás lo que ocurre, simplemente, sea que estamos utilizando unas instrucciones que proceden de otro puzzle, que aunque con un modelo de aspecto parecido a primera vista, es diferente en la forma de conectar sus piezas. No es solamente que falten piezas o que estas sean defectuosas —como pretenden aquellos que argumentan problemas derivados de la escasez de registros o errores cronológicos— lo realmente cierto es que la clave para terminar el rompecabezas estaría en el modelo de correlación que deberíamos utilizar para unir las piezas de las que ya disponemos. Recientemente una nueva perspectiva del modelo comienza a abrirse paso en el planteamiento de los investigadores y el

Hombre de Neandertal esta comenzando a ser estudiado como un elemento integrado dentro del contexto ecológico de su época.

Durante la pasada década, muchos investigadores aunaron sus esfuerzos en el desarrollo de un proyecto conjunto al que se denominó *Stage Three Project*. En él se pretendía distribuir espacio-temporalmente los parámetros medioambientales existentes a lo largo de una parte del Pleistoceno Superior de Europa denominada MIS 3<sup>15</sup>, y posteriormente analizar la relación existente entre la citada distribución y la de los registros faunísticos y arqueológicos conocidos en el mismo periodo. Los resultados derivados del proyecto comenzaron a publicarse entre los años 2001 y 2004<sup>16</sup> y probablemente no podrán darse por concluidas hasta que se dispongan de dataciones más fiables que las actualmente disponibles, pero esa es otra historia. Nuestra panorámica del Mundo Neandertal parte de investigaciones basadas en buena medida en los resultados obtenidos por el *Stage Three Project*.

Conforme avance en la lectura del presente libro, el lector comenzará un viaje en el cual verá recompensada con creces su faceta de investigador curioso. Estoy convencido de que por cada anécdota, por cada dato y por cada posible conclusión que el texto le aporte, el propio lector se verá obligado a plantearse nuevas preguntas, para cuyas respuestas no podrá evitar el aventurarse a lanzar alguna que otra hipótesis, aunque solo sean como fugaces pensamientos que le reconforten ante aquello para lo cual aún vea lejana una explicación certera.

Nuestro recorrido partirá de una visión decimonónica del Mundo Neandertal, no solo por iniciarse su conocimiento en el siglo XIX, sino también por el carácter anacrónico que dicha visión representa respecto a la que podemos apreciar a día de hoy. Esta circunstancia nos obligará a considerar la posible existencia de algunos tipos de lastres conceptuales, metodológicos y argumentativos que —aún en nuestros días— poseen capacidad para socavar de una forma más o menos críptica la forma en que se plantean las hipótesis, se desarrollan los estudios y se validan los resultados relativos a todo cuanto rodea al mundo de los Neandertales. No pretendo arrastrar al lector a través de unos exhaustivos y profundos análisis de los problemas que han rodeado y rodean al estudio de los Neandertales y su mundo, pero sí que presentaré una línea argumentativa que le permitirá conocer por un lado el estado de la cuestión y, por otro, proponer unos argumentos lo suficientemente holísticos como para permitirle conocer el desarrollo de dicho estudio desde unos postulados ecológicos.

PRIMERA PARTE

# LA ELECCIÓN



# I. LLEGANDO AL MUNDO DE LOS NEANDERTALES

## SOBRE CÓMO APARECIÓ EL HOMBRE DE NEANDERTAL EN EL ESCENARIO DE LA CIENCIA

«Todo conocimiento adquirido, todo aprendizaje, consta de modificaciones (posiblemente de rechazos) de cierto tipo de conocimiento o disposición que ya se poseía previamente y, en última instancia, consta de disposiciones innatas.»

*Realismo y el objetivo de la ciencia.* Popper, 1983<sup>17</sup>

La misión de la paleoantropología y la prehistoria no es la de averiguar de dónde venimos. Si tal misión existiese, ella sería más bien la de construir el marco teórico que permitiese explicar de qué forma hemos llegado hasta aquí, qué avatares y circunstancias lo han permitido. No quiero evitar recordar la pregunta que se planteó mi estimado amigo el doctor Clive Finlayson, refiriéndose a los neandertales: «¿Por qué fuimos nosotros y no ellos los supervivientes?»<sup>18</sup>. En relación a este tipo de interrogante, podemos pensar que seguramente sea cierto lo de que *para casi todo enigma suele haber alguna explicación coherente*, tan cierto como el hecho de que cuando un estudiante intenta memorizar un solucionarlo de problemas de matemáticas, antes o después descubre que primero debe comprender, luego razonar y por último solucionar.

En el caso de la paleoantropología y la prehistoria, la construcción del mencionado marco teórico no difiere del de otras disciplinas científicas: comprender lo sucedido, razonar cómo ha sucedido y reconstruir el proceso. Para *comprender* lo sucedido, algunos acontecimientos deberían facilitar las explicaciones, las cuales —a su vez— se atenderían a las leyes generales de la naturaleza, lo mismo que en el caso de las explicaciones matemáticas lo harían a las de los números. Para *razonar*, deberemos disponer de elementos y explicaciones suficientes y no distraernos de lo fundamental, para no caer en lo superfluo, lo fantástico o como preconiza la famosa y no siempre válida *navaja de Okan*: lo artificioso. Para *reconstruir* el proceso acontecido, deberemos de haber razonado de forma válida y con un criterio claro sobre los datos disponibles, no generalizando más allá de lo que tal razonamiento indique.

Todo esto, dicho de la forma en que lo expongo, puede mostrar un tono de innecesario magisterio por mi parte, pero en realidad a lo largo de los próximos capítulos comprobaremos repetidamente que el *sentido común* no siempre ha formado parte del método científico en paleoantropología y prehistoria. Así pues, podemos recordar aquí las palabras de Karl Popper<sup>9</sup>: *«las creencias están íntimamente ligadas a las expectativas y a la disposición a actuar,...[las creencias] se erigen en la parte más dogmática del sentido común que, aunque no sea en absoluto fiable, verdadero o cierto, constituye siempre un buen punto de partida»*.

Nuestra visión del pasado no puede estar mediatizada por un «efecto de túnel visual», en el cual focalizaríamos nuestra atención en aspectos extremadamente concretos, y perderíamos la perspectiva global del fenómeno estudiado, esto no es de *sentido común*. Los procesos se producen sin más, y según el tipo o amplitud de la escala a la cual sean estudiados por el observador, se podrá o no desentrañar los factores que los causan, la forma en que han transcurrido y la explicación de sus consecuencias finales.

Para concluir esta breve pero intensa manifestación sobre el enfoque metodológico de la paleoantropología y la prehistoria, señalaré al lector que existe un parámetro que aunque aparentemente bien aplicado en todas las investigaciones, puede ser objeto de una involuntaria marginación: se trata de el tiempo. Cuando los postulados del marco conceptual de la moderna ecología son aplicados a los estudios de paleoantropología y prehistoria, el factor tiempo no solo está implícito en las dataciones, sino también está asociado a la dimensión espacial. Aún así, no debemos olvidar

que el tiempo ecológico transcurre a diferente escala que el geológico, lo cual requeriría el replanteo de muchos de los procesos interpretativos que actualmente se llevan a cabo.

La visión ecológica del pasado de nuestro linaje homínido —igual que la del de cualquier otro grupo animal— requiere una escala particular a la cual estudiar el proceso: se trata de la escala ecológica. Los patrones seguidos por los diversos linajes taxonómicos integrantes de los ecosistemas, son analizados mediante la medición de los parámetros ecológicos responsables de relacionar a dichos linajes entre sí y con el medio que les rodea.

La ecología es una disciplina científica en la cual, conforme han pasado los últimos decenios, para estudiar los procesos ha ido adquiriendo importancia la aplicación sistemática de la escala espacio-temporal. Desde que George Evelyn Hutchinson (1903-1991) publicase su conocido artículo, *The concept of pattern in ecology*, en 1953<sup>20</sup>, el modelo de estudio de los ecosistemas cambió y aunque necesitaríamos más de un libro para explicar cómo se produjo este cambio (y aún continúa), es ineludible por mi parte recordar ciertas palabras que forman parte de un conocido trabajo del también ecólogo Simon A. Levin, actualmente en la Universidad de Princeton. En un escrito publicado por Levin en 1992<sup>21</sup> este escribe: «*Los conceptos de escala y patrón están inevitablemente entrelazados (Hutchinson, 1953). La descripción de los patrones es la descripción de la variación, y la cuantificación de la variación requiere la determinación de escalas.*».

Actualmente estamos en condiciones de aplicar el marco conceptual y metodológico de la ecología en los estudios de paleoantropología y prehistoria, y más concretamente a los del Mundo Neandertal. Como veremos a lo largo del presente libro, la consideración de los criterios ecológicos permitirá que podamos desprendernos de los lastres impuestos por las muchas interpretaciones erróneas, sesgadas y más o menos intencionadas, que han sido históricamente realizadas sobre el Mundo Neandertal. De todas formas —para no perder el *sentido común*— no despreciaremos el marco teórico y conceptual alcanzado tras más de cien años de estudios, sino que lo haremos partícipe de una reinterpretación.

Como se desprende de las palabras de Karl Popper anteriormente citadas, aún siendo las creencias la parte más dogmática del sentido común —y a pesar de su incertidumbre— estas siempre constituirán un punto de partida válido. Así pues, nuestra historia parte de la circuns-

tancia de cómo una serie de creencias fueron cediendo su lugar a los argumentos científicos, conforme transcurría el periodo histórico en el cual se edificarían los cimientos de la biología actual.

## **Una primera visión del Hombre de Neandertal**

Mientras hojeaba un listado de los más recientes textos técnicos que se han publicado sobre los Neandertales, sentí curiosidad por saber cómo los manuales universitarios de hace cien años trataban la por entonces escasa información sobre tales homínidos. Es un error muy común entre los que investigamos en temas científicos, el dejar olvidados en las estanterías los libros editados hace un cierto número de años, especialmente porque en la vorágine de conocimientos que se van acumulando día tras día, no parece meritorio que tales libros «desfasados» merezcan ya nuestra atención. En realidad con los libros ocurre como con los vinos, si son buenos al pasar el tiempo no siempre se deterioran completamente y —en ocasiones— pueden incluso acrecentar en ciertos aspectos su valía.

No son los datos contenidos lo principal que uno suele buscar en los textos de hace años, sino más bien la forma en que sus autores expusieron y utilizaron tales datos. En el caso de la paleoantropología y la prehistoria —como en el de otras muchas ramas de la ciencia— los principales avances de su conocimiento se ubican en los últimos años, pero es importante en este caso señalar el elevado grado de reinterpretación desde la base que se ha ido produciendo. Cuando digo «desde la base» lo expreso con toda la intencionalidad, porque lo que en otras áreas del conocimiento ya constituye su base conceptual desde hace cincuenta años, en el estudio del pasado remoto de los homínidos podríamos decir —sin alejarnos mucho de la realidad— que las bases conceptuales de hace cincuenta años difieren de las actuales, tanto como las de la Física mecánica newtoniana lo hacen de las de la moderna Física cuántica.

Esta movilidad en la base conceptual, convierten a la paleoantropología y a la prehistoria en objeto de debate codiciado para todo tipo de sectores de la sociedad, comenzando —por supuesto— por el de los científicos, aunque también por el socio-político, el religioso y —por qué no— el

del ciudadano curioso. Esta circunstancia, hace que el estudiar cómo se ha ido modificando el marco conceptual de las citadas disciplinas, nos permita conocer la forma en que el propio proceso se ha «retroalimentado», conforme la sucesión de los descubrimientos ha interactuado con la de los acontecimientos que afectaron a cada uno de los sectores sociales implicados. En palabras sencillas, se ha producido una interacción entre intereses y descubrimientos que ha superado a lo acontecido en otros ámbitos de la investigación.

Más adelante tratare sobre los contenidos expuestos en diversos libros de paleoantropología y prehistoria considerados de relevancia en su época, pero ahora nos interesa localizar una obra que de carácter expositivo y con un claro contenido general, aunque no hubiese tenido una especial relevancia en su momento. Buscando en mi biblioteca encontré un libro escrito por W. H. L. Duckworth, un breve pero muy completo texto sobre el hombre prehistórico publicado en 1912 dentro de la colección de manuales científicos de Cambridge University Press<sup>22</sup>. Salvando las distancias con respecto al nivel actual de conocimiento y en medio del marasmo taxonómico propio de la época, el autor realiza referencias sobre diversos hallazgos de restos esqueléticos de homínidos, exponiendo al lector los argumentos necesarios para incluir a varios de ellos en la que luego se denominaría *tipología de Neandertal*. Pues bien, incluso en este sucinto texto encontramos muestras del interés por establecer determinadas premisas en el discutido tema de la relación de los Neandertales con los Humanos Modernos, lo cual podemos ver en el siguiente párrafo del libro de Duckworth:

*«...se elabora una hipótesis en el sentido de que dos líneas de descendencia humana están aquí evidenciadas. De estas una incluye un ancestro común con el orangután (un simio antropoide asiática) y el hombre Auriñaciense [el Homo sapiens se entiende], y otra que supuestamente contiene un ancestro común de los gorilas (de hábitat de África), y el Hombre de Neandertal»<sup>23</sup>.*

Según se asevera, el origen del hombre Auriñaciense —entiéndase hombre actual de Europa— se consideraría completamente separado del tronco evolutivo de los grandes simios africanos, al cual en cambio si pertenecerían los Neandertales. Esta idea bien podríamos considerarla como generalizada en aquel momento, dada la naturaleza de manual

universitario conferida al libro del que procede la cita, nada más lejos de la realidad. En este asunto como en otros que iremos viendo, el estudio del Hombre de Neandertal fue acompañado de propuestas cuyo grado de especulación rayó en lo absurdo o en la arbitrariedad y —quién sabe— si malintencionada.

Para encontrar el origen de las claves que guiaron el tema de los Neandertales, hasta extremos como el que acabamos de leer en el libro de W. H. L. Duckworth, nos remontaremos a la época y lugar de los hallazgos que darían nombre a dichos homínidos: a mediados de la década de 1850 en Alemania. Así, en 1856 los trabajadores de una cantera del valle Renano de Neander (Alemania), hallaron varios huesos entre los que se encontraba una calota craneal de extraño aspecto humanoide, en la cueva de Feldhofer. Pensando que pertenecerían a algún tipo de animal parecido a un oso, mostraron los restos al naturalista Johann Karl Fuhlrott (1803-1877), el cual tras descartar que se tratase de restos animales, vendió los hallazgos al antropólogo y anatomista Hermann Schaaffhausen (1816-1893), catedrático de Anatomía en la Universidad de Bonn. La primera noticia del cráneo de Feldhofer la dieron Schaaffhausen y Fuhlrott el 4 de febrero de 1857, en una reunión de la Sociedad de Historia Natural de Prusia Renana y Westfalia. Ambos investigadores hicieron notar que el cráneo hallado mostraba un inusual desarrollo de la parte superior de la región supraciliar, causado por la ampliación de los senos frontales, lo cual indicaba —al menos en apariencia— que perteneció a un individuo antropomorfo encuadrado en alguna etapa inicial dentro del desarrollo del tipo humano, no apreciándose sus características en ninguna de las razas actuales<sup>24</sup>.

Si bien la conclusión de Fuhlrott sobre la naturaleza de los restos de Neander fue cauta, Schaaffhausen —evolucionista convencido<sup>25</sup>— opinaba que dichos restos bien podrían constituir algún tipo «ajuste» dentro del proceso de la evolución biológica, dada su consideración de que en las diferentes tribus humanas habría aconteciendo un proceso diferencial, mediante el cual la condición animal pasaría progresivamente a la humana, transformándose la forma del cráneo conforme se fuese desarrollando la inteligencia<sup>26</sup>. Para el científico alemán el neandertal habría tenido una naturaleza más o menos animal, con un pequeño desarrollo cerebral y enorme fortaleza física.

La propuesta de que la existencia de un posible parentesco entre los humanos actuales y el individuo de Neander, solo fuese una anécdota

fallida dentro del proceso de la evolución humana, además de no estar exenta de tintes de racismo, fue rápidamente cuestionada por muchos científicos de su época. Entre ellos por parte de un colega de Schaafhausen en la Universidad de Bonn, el también profesor August Franz Mayer (1787-1865), al cual podemos atribuir la afirmación de que las características de los huesos se corresponderían con las de las malformaciones y roturas propias de jinetes habituales, pudiendo tratarse —según él— de un cosaco ruso de la guerras napoleónicas. Por su parte, en 1863 el también antropólogo alemán Franz Pruner-Bey (1808-1882), presidente por aquel entonces de la *Société d'Anthropologie* de París, indicó que los restos bien podían pertenecer a un idiota microcefálico, apoyando con ello una «solución» patológica para explicar los rasgos presentes en los hallazgos. El afamado médico y biólogo Rudolf Virchow (1821-1902) —considerado uno de los fundadores de la patología moderna y antievolucionista para más señas— estudió el cráneo de Neander a partir de un molde facilitado por Fuhlrott, y en una reunión celebrada en 1872 en el *Berliner Anthropologische Gesellschaft*, manifestó que los restos esqueléticos presentaban las características de un individuo moderno que había padecido en vida un severo raquitismo, amén de otras lesiones accidentales, añadiendo con ello nuevos condimentos a la polémica. Al Dr. Schaafhausen el debate terminó costándole su puesto académico, y no fue hasta 1886, cuando Julien Fraipont<sup>27</sup> describe los nuevos restos esqueléticos descubiertos dos años antes en la cueva de *Spy d'Orneau* (Bélgica), unos fósiles semejantes a los de la cueva de Feldhofer, quedando clara la validez de los rasgos morfológicos descritos por Schaaffhausen y Fuhlrott, descartándose que fuesen el resultado de alguna patología o actividad física peculiar.

En 1863 el geólogo anglo-irlandés William King (1809-1886) utilizó por vez primera la expresión *hombre de Neanderthal* (o *Neandertal*)<sup>28</sup> al referirse al protagonista de nuestra historia, para finalmente en 1864 establecer la denominación taxonómica *Homo neanderthalensis* (King, 1864)<sup>29</sup>. Más tarde en 1906 tras estudiar los fósiles procedentes de Krapina (Croacia) y Spy (Bélgica), el antropólogo y anatomista alemán Gustav Schwalbe (1844-1916) denomina al Neandertal como la especie *Homo primigenius*<sup>30</sup>, la cual según autores como el paleontólogo croata Dragutin Gorjanovic-Kramberger, podría situarse como forma intermedia entre los *Pitecanthropus* y *Homo sapiens*<sup>31</sup>. La nomenclatura científica aplicada a los restos de tipología neandertal varió a lo largo de las décadas que siguieron

a los primeros hallazgos, utilizándose varias denominaciones nombres, a las cuales nos referiremos en su momento<sup>32</sup>.

En 1863, el famoso biólogo evolucionista británico Sir Thomas H. Huxley (1825-1895)<sup>33</sup> publicó su obra *Man's Place in Nature* <sup>34</sup>, en la que incluía un análisis tanto de los restos de neandertales procedentes del valle de Neander, como de los hallados en 1829 en la cueva de Engis (Bélgica), aunque no los del fósil encontrado en 1848 en Forbes Quarry (Gibraltar), ya que éste no fue estudiado hasta un año después. Huxley consideró que el aspecto del cráneo de Feldhofer era próximo al de un simio por un lado y al de un aborigen australiano por otro, lo cual podría representar a una morfología perteneciente a un grado inferior dentro de la línea evolutiva que proseguiría hasta el humano actual.

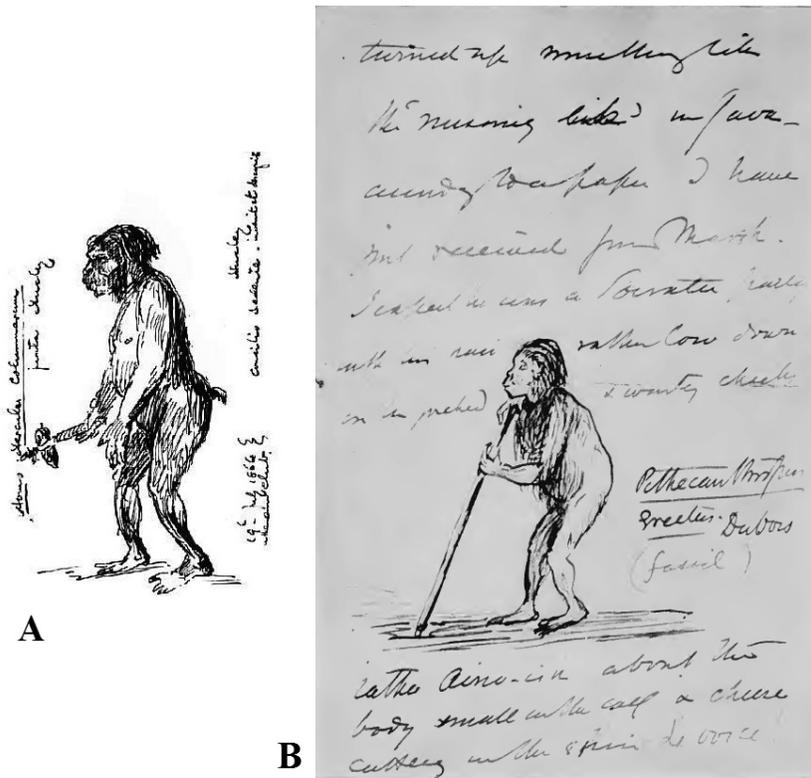


Figura 1. Representaciones del antiguos homínidos realizadas por Thomas Huxley en la década de 1860: A. Hombre primitivo (Caveman). B. *Pithecanthropus erectus* (Java's man).

El profesor Meyer también se opuso a la opinión que sobre el fósil alemán había expuesto Huxley en su libro, a pesar de que en él podemos leer frases tales como la de que «*en ningún sentido, los huesos de Neandertal puede ser considerados como los restos de un ser humano intermedio entre los hombres y los simios*»<sup>35</sup>. El genio de Huxley (en todos los sentidos) le llevó a arremeter sin piedad contra Meyer en un escrito publicado en 1865 en las Memorias Científicas de *The Natural History Review*<sup>36</sup>. El evolucionista británico además, aprovechó su artículo para realizar una pormenorizada recapitulación y análisis de prácticamente todo lo dicho hasta la fecha sobre los fósiles en cuestión. Tengo aquí que reconocer que disfruté leyendo este texto en el Huxley, cargado de fino sarcasmo. El autor pone en evidencia diversos aspectos de lo dicho por el profesor Meyer, tales como la ridícula posibilidad de que los restos fuesen de un cosaco ruso, o el hecho de que la carencia de cresta sagital en el cráneo incumpliría un carácter pitecoide básico, o incluso el burdo modelo de enterramiento por acción de los sedimentos propuesto por Mayer, con el cual intentaba soslayar la posible antigüedad atribuida a los huesos.

En su libro *The fire in the stone*<sup>37</sup>, el escritor Nicholas Ruddick —parte de cuya obra trata sobre la influencia de los postulados darvinistas en la cultura— nos recuerda que Thomas Huxley no sólo argumentó correctamente la relación de los neandertales con los seres humanos, sino que además al conocido biólogo británico le debemos la expresión «eslabón perdido», en alusión al posible individuo cuyos restos fósiles demostrarían su calidad de antepasado directo nuestro, a la vez que descendiente del citado hombre de las cavernas. Lo curioso, es que donde Huxley citó al *eslabón perdido* fue en el escrito sobre neandertales de 1865 al que hicimos anteriormente alusión.

Otra faceta de Huxley fue la de atreverse a realizar dibujos sobre el aspecto que pudieron haber tenido los posibles antepasados humanos. Dada la forma tan exhaustiva que caracterizaba a los trabajos de Huxley, de la poca calidad de estos dibujos podemos deducir la poca significancia científica que le dio a sus reconstrucciones, considerándolas accesorias y convirtiéndolas más en un aditamento de sus explicaciones, aunque no estuviesen por ello carentes de un fino sentido del humor. Así, en la Figura 1A vemos un boceto que realizado por Huxley con motivo de la conferencia que dio el 19 Julio de 1864 en el prestigioso *Athenaeum Club* de Londres, en el representa a un ser simiesco y dotado de un pequeño rabo, al cual denomina curiosamente «*Homo hercules columnarum*», quizás

más recordando a los habitantes de la mítica Atlántida que al Hombre de Neandertal hallado años atrás en Gibraltar. Como en el caso anterior, Huxley utiliza un dibujo esta vez para acompañar a una carta que envía a su amigo el Dr. Hooker, el 14 de febrero de 1895, unos meses antes de fallecer (Figura 1B). El objeto de la misiva es comunicarle el hallazgo del *Pitecanthropus erectus*, a propósito de lo cual escribe unos comentarios un tanto jocosos sobre el aspecto que pudo tener en vida el homínido, así como el papel que este pudo jugar como «eslabón perdido»<sup>38</sup>.

El debate científico sobre los restos de Neandertal implicó a todos los grandes antropólogos de la segunda mitad del siglo XIX y principios del siglo XX. En las transcripciones de los interesantes debates que se produjeron sobre el tema de los restos de Neander, podemos apreciar las grandes dotes de dialéctica con las que unos y otros exponían y rebatían sus hipótesis, manejando los datos y los cálculos realizados «al día».

He hojeado varias de las transcripciones de estos debates y a modo de muestra podemos ver parte de lo acontecido entre los años de 1863 y 1864, en plena efervescencia del debate sobre el cráneo de Neander. Comenzamos nuestra narración con la sesión celebrada el 18 de junio de 1863<sup>39</sup> en la *Société d'Anthropologie* de París, allí el profesor Barnard Davis (1801-1881), tras resumir las diversas opiniones que —basándose en las medidas de los cráneos— habían aportado los profesores Schaaffhausen, Huxley y Pruner-Bey, expuso las diversas interpretaciones (raza antigua muy similar a los monos, representante de la raza céltica o incluso a un idiota con microcefalia) llevadas a cabo como consecuencia de que la característica conformación del cráneo de Feldhofer, podría denotar efectos patológicos o artificiales. Tras discutir la ambigüedad interpretativa de las medidas realizadas y comparar con otros cráneos sus peculiaridades anatómicas, el profesor Davis discutió aspectos relacionados con la osificación y los relacionó con argumentos tales como los del Dr. Virchow. Posteriormente el profesor Brocca (1824-1880) apoyó las consideraciones de Davis, indicando que algunas de sus medidas comparativas propias eran erróneas.

El 16 de Febrero de 1864 Carter Blake realizó una extensa intervención en un mitin de la *Antropological Society* de Londres<sup>40</sup>, discutiendo las opiniones que sobre el cráneo de neandertal habían manifestado los profesores Fuhlrott, Schaaffhausen, Pruner-Bey, King y Huxley. Su intervención fue contestada entre otros por Alfred Wallace<sup>41</sup> y, además, motivo una carta de Pruner-Bey<sup>42</sup> el 4 de abril y la lectura en el mismo foro de un comuni-

cado del profesor Bernard Davis<sup>43</sup> el 1 de noviembre. A los pocos días (el 3 de noviembre)<sup>44</sup>, el profesor Pruner-Bey respondió a Barnard Davis y a Huxley, a la luz de los últimos descubrimientos puestos sobre la mesa. En palabras del propio Pruner-Bey: «*la cuestión del cráneo de Neandertal ha entrado en una nueva fase. Un oficial británico descubrió en Gibraltar, una edición ampliada del cráneo, es decir, un cráneo idéntico pero con la cara completa*».

Aunque como hemos indicado Wallace sí que participó de forma activa en el debate del neandertal, y aunque su opinión en cierta forma constituía un escaparate conectado con las ideas de la selección natural propuestas por el junto a Darwin, lo cierto es que este último mantuvo una postura extremadamente discreta —rayana en la omisión— con respecto al tema del llamado Hombre de Neandertal.

En septiembre de 2009, tuve ocasión de asistir a la intervención que el biólogo y historiador de la ciencia del Museo de Gibraltar Alex Menez, realizo en la Conferencia sobre Evolución Humana organizada en la Roca por dicha institución. En ella Menez contó una anécdota sobre la relación de Darwin con el cráneo de Neander que —además de haberme llamado la atención— considero que podría ayudarnos a comprender la postura que mantuvo Darwin con respecto al debate suscitado sobre dicho cráneo en 1864, del que ya hemos tratado. El 1 de septiembre de 1864 Darwin envió a su amigo Hooker una carta, al final de la cual comentaba: «*Falconer me trajo [a casa de su cuñada Sarah en Londres] el maravilloso cráneo de Neandertal*»<sup>45</sup>. Fue esta la primera y única vez que el cráneo encontrado en la cueva de Feldhofer estuvo en manos del autor de *El origen*, y fue también la única ocasión en la que Darwin podría haber opinado públicamente y con base directa, sobre tan polémico asunto. El profesor Ian Tattersall del Museo Americano de Historia Natural —también presente en la citada Conferencia de Gibraltar— ha opinado en un reciente artículo de la revista *Evolution: Education and Outreach*<sup>46</sup>, que es extraño que a lo largo de su extensa obra (dos tomos) *The descent of man, and selection in relation to sex*<sup>47</sup>, publicada por Darwin en 1871, solo se refiere al Hombre de Neandertal al comentar que «*algunos cráneos de gran antigüedad, como el famoso de Neandertal, están bien desarrollados y poseen gran capacidad*»<sup>48</sup>. Esta referencia tan de pasada nos indica como Darwin —desde que se publicase en 1859 *On the Origin of Species*— se cuidó escrupulosamente de no realizar manifestaciones «directas»<sup>49</sup> en relación con el asunto de los neandertales. Tal vez temeroso de la reacción del público o tal vez

inseguro de lo que los restos de Neander representaban en el marco de su teoría, dada la polémica desatada tras la publicación de las peculiaridades anatómicas del cráneo y demás huesos.

Antes de publicar su libro *The Geographical evidence of Antiquity of Man* en 1863, Sir Charles Lyell visitó el valle de Neander junto a Fuhrmann en 1860. Tras su regreso mostró a los investigadores británicos el molde del cráneo que se trajo, pero el original no pudo llegar a manos más que de aquellos que visitaron Alemania. Autores como el citado Tattersall opinan que las traducciones de los trabajos del profesor Schaffhausen, publicadas en inglés en 1861, pudieron sembrar la desconfianza en Darwin en pleno debate sobre el libro *The origin* y la selección natural. Posteriormente, el mismo año que Lyell publica su libro, Huxley tras estudiar el cráneo de Engis, también publica *Man's Place in Nature*, iniciándose la serie de debates a los que hemos aludido anteriormente.

No cabe duda se que entre las polémicas suscitadas por los hallazgos de los restos de neandertal, estuvo la de cómo relacionarlos con el origen del ser humano actual en el marco del proceso evolutivo. Uno de los debates fundamentales que subyacieron en los primeros tiempos de la polémica sobre el Hombre de Neandertal, fue el de la evolución biológica, su modo de acción y las consecuencias que pudo tener en el origen del ser humano tal como hoy lo conocemos. En medio del debate darvinista de la segunda mitad del siglo XIX, los primeros restos fósiles de homínidos que fueron cayendo en manos de los científicos, a menudo se convertían en armas arrojadas mediante las cuales obtener réditos a favor de cada una de las formas de ver el panorama biológico. Muchos hombres de ciencia de la época trataron a los neandertales de seres inferiores, sus rasgos —tan característicos y distintivos— en su día llegaron a ser tachados por algunos de abyecta abominación, de raza inferior y de monstruoso experimento evolutivo carente de un *razonable* raciocinio. Estas circunstancias nos llevan a plantear la cuestión de si —como a menudo se hace ver— la situación aconteció únicamente como el producto de prejuicios asociados a factores socio-culturales<sup>50</sup>, o si resultó de la aplicación de criterios científicos erróneos. Lo peor del caso es que fuera como fuese la peculiar interpretación del Hombre de Neandertal, se mantuvo hasta bien entrado el siglo pasado y tendría consecuencias que aún hoy día se dejan sentir.

Por último, no quisiera dejar de señalar por curiosa, la opinión del famoso biólogo evolucionista Ernst Haeckel, el cual se mostró inicialmente partidario de la presencia de características patológicas en los

restos de Neander, aunque todos sabemos que su posterior y ferviente apoyo a las ideas de Darwin dieron lugar a un cambio radical en sus planteamientos, considerando finalmente que el Hombre de Neandertal formo parte a todas luces del grupo evolutivo de los humanos. Así, en el libro *Evolution in Modern Thought*<sup>51</sup>, publicado en 1917 por Haeckel junto al naturalista escocés J. Arthur Thomson y al biólogo alemán August Weissmann, exponen que el cráneo del Hombre de Neandertal —así como los ya citados fósiles de Spy y los descubiertos a partir de 1899 cerca de Krapina (Croacia) por el anteriormente citado Gorjanovic-Kramberger<sup>52</sup>— pertenecían a una forma diferente a la de cualquiera de las razas humanas actuales, considerándolos pertenecientes a la especie *Homo primigenius* designada por Schwalbe. También indican que si bien el recientemente estudiado *Pitecanthropus* se situaría en la base de la línea genealógica humana, mientras que el Hombre de Neandertal lo haría al final, más próximo a los humanos actuales.

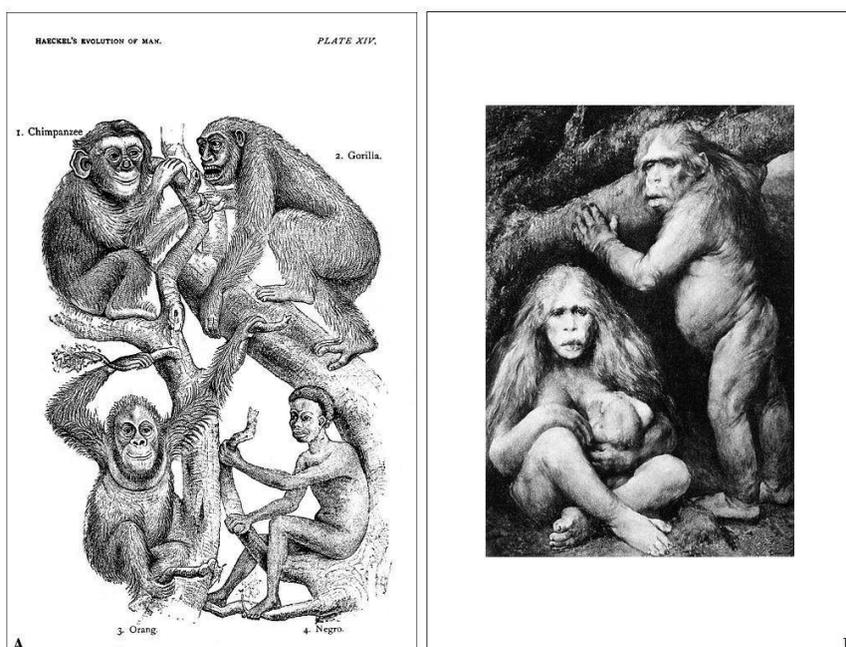


Figura 2. A. Árbol evolutivo humano que presenta Haeckel en la Lámina XIV de su libro *The evolution of man*. B. Representación de *Pitecanthropus alali* realizada por Gabriel Max por encargo de Virchow.

Ya en su obra *The history of creation* (1880), Haeckel señala que en el estadio 21 de la serie de presumibles progenitores del hombre, se situaría el que denomina *Hombre-mono* o *Pitecántropo*<sup>53</sup>. Este hombre primitivo que no hablaba (*Alali*) se concretaría más tarde (en 1894) en el *Pitecanthropus alali*, al cual representaría el artista Gabriel Max por encargo de Rudolf Virchow, con la intención que este último tenía de ridiculizar la propuesta de Haeckel. La imagen (Figura 2a) tuvo en realidad un efecto contrario, sirviendo de apoyo a la tan infundamentada propuesta de Haeckel.

Un detenido análisis comparativo entre las ideas de Virchow y Haeckel nos lleva a cuestiones más allá de la propia discusión evolucionista. Una de las causas fundamentales por las que Virchow se apartaba completamente de la propuesta evolucionista y más concretamente de la de Darwin, era que como médico él nunca consideró la necesidad de establecer diferencias jerárquicas entre las diversas razas<sup>54</sup>, con lo cual prescindía de argumentos competitivos establecidos por la selección natural: todos los humanos por un lado y los no-humanos —neandertales incluidos— por otro. Si bien las propuestas de Ernst Haeckel apoyaban el concepto de la evolución por selección natural propuesto por Darwin, lo cierto es que ese proceso de selección en sí mismo aunque no apartaba a los neandertales de «alguna» de las ramas del árbol evolutivo humano, sí que era utilizado como argumento justificativo para separar evolutivamente a las diversas razas desde su origen. La realidad era que las propuestas de Haeckel representaban un grado de racismo mucho más elevado que el que se desprendía de las antiguas ideas propuestas por Schaaffhausen. En el árbol evolutivo de la especie humana que aparece en la Lámina XIV (Figura2b) del libro *The evolution of man*<sup>55</sup> de Haeckel, encontramos que el hombre actual está representado por un individuo de raza negra de origen africano, el cual aparece como una individualidad taxonómica claramente separada en una rama del tronco en el que se sitúa el gorila. En un tronco paralelo aparece el orangután y —curiosamente— el chimpancé. Según el pedigrí humano que Haeckel muestra en la Lámina XXV del mismo libro, este último simio y el gorila se situarían en una misma rama, bajo el epígrafe de *simios de aspecto humano africanos*. ¿Cuál era la intención de Haeckel?, podríamos suponer que simplemente estaba en un error, pero ese no es el caso, especialmente cuando en el texto expone circunstancias para él tan obvias como la siguiente<sup>56</sup>:

*«Both the African Manlike Apes are black in colour, and like their countrymen, the Negroes, have the head long from back to front (dolichocephalic). The Asiatic Man-like Apes are, on the contrary, mostly of a brown, or yellowish brown colour, and have the head short from back to front (brachycephalic), like their countrymen, the Malays and Mongols.»*

La postura de Haeckel respecto a los neandertales nos enseña que lo que puede parecer un rasgo de generosidad, al acoger a nuestro protagonista en el seno de la familia humana, no es más que parte del decorado necesario para representar su posición argumentativa del lado de los evolucionistas y en contra de Virchow, su «archienemigo científico» en la naciente y poderosa ciencia alemana de la segunda mitad del siglo XIX. Haeckel actúa con respecto al Hombre de Neandertal, como lo hace la madrastra del conocido cuento de Charles Perrault *La Cenicienta*<sup>57</sup>, la cual trata a la protagonista como miembro de la familia solo por su relación marital con el padre, Haeckel considera que el neandertal guarda parentesco con nuestro linaje por su relación evolutiva, pero por lo demás —al igual que la madrastra del cuento— lo confina al fogón «que es su sitio».

Una de las circunstancias más llamativas de la situación es la de que los eruditos de la época en que sucedió todo lo antes narrado, se habían apresurado inicialmente a poner en duda la normalidad de los restos del neandertal, no su posible humanidad. A partir de que se fueron sucediendo nuevos hallazgos cambió el rumbo de los científicos, los cuales centraron sus esfuerzos y debates en averiguar si existía parentesco entre los Hombres de Neandertal y los seres humanos actuales. Tanto los partidarios de un bando como los del otro, dedicaron más esfuerzos a demostrar sus posturas que a descubrir la verdad. Hoy —tras años de debate— los especialistas consideran que el taxón denominado *Homo neanderthalensis* formó parte de un antiguo linaje humano, de cuyos genes —según los últimos datos disponibles<sup>58</sup>— no parece haber perdurado rastro alguno en el genoma del hombre moderno. Aunque la historia continúa, intentaremos visualizar los acontecimientos que nos han llevado hasta la situación actual.

